

Erri de Luca
NAPÁTRIDA
Volver a Nápoles

TRADUCCIÓN DE CARLOS GUMPERT MELGOSA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: agosto de 2023

TÍTULO ORIGINAL: *Napòlide*

© Erri de Luca, 2006

Primera edición en Edizioni Dante & Descartes
Publicado gracias a un acuerdo con Susanna Zevi
Agenzia Letteraria, Milan

© de la traducción, Carlos Gumpert Melgosa, 2023

© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-79-8

DEPÓSITO LEGAL: CC-106-2023

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Gracias a Silvia Acocella,
espigadora de estas páginas*

Se desprenden así las hojas, el pelo, las gotas, las páginas.

Me fui de casa en 1968, a mis dieciocho años, tras una infancia soportada como una cuarentena.

Escogí un tren y un horario para no entregarme al azar de un viaje en coche: quería ser el dueño de mi partida. Tomé asiento junto a la ventanilla y me quedé mirando fijamente la procesión de mi adiós. Mientras me alejaba, la ciudad se me iba metiendo bajo la piel como esos anzuelos de pesca que, una vez que entran por las heridas, viajan por el cuerpo, inextirpables.

En medio del estruendo de un sinfín de portazos, cerré la puerta despacio. Mi padre

lloraba con sollozos acompasados cuyo ritmo, clavado en mis oídos, imitaba cuando trabajaba en la obra mientras, al golpear el cincel con el martillo, éste me repicaba entre las manos. Me dejó marchar sin una sola blasfemia.

Sus restos están en una colina junto a una línea férrea de cercanías, con vistas a un lago.

Si el verbo *volver* tiene para mí algún sentido y alguna dirección, si hasta yo tengo un sitio al que volver, es esa colina. *Volver* es para mí un verbo de susurros, no de geografía.

En Nápoles, cuando bajo por las escalerillas del tren, no tengo la sensación de estar de vuelta. Por el contrario, me siento solo más merecidamente que en cualquier otro lugar. Una ciudad no perdona la separación, que es siempre una deserción. Estoy de acuerdo con ella, con la ciudad: quien no estuvo o se ausentó ahora no está; su derecho de ciudadanía ha prescrito. Ahora es uno de los muchos transeúntes a los que ella acoge, sin oponer resistencia, un extranjero embobado al que nadie ahuyenta, al que se observa de reojo como si

fuera una mercancía maleable. Respeto el derecho de regurgitación que la ciudad ejerce sobre quien se aleja de ella. Si respondo de mí ante ella lo hago poniéndome en el pellejo del huésped, no del ciudadano. Y, si bien no tengo derecho a definirme como apátrida, puedo decirme *napátrida*: alguien que se ha raspado del cuerpo sus orígenes para entregarse al mundo.

Nunca he vuelto a echar raíces en ninguna otra parte.

Quien se despegas de Nápoles se despegas en el fondo de todo: ni siquiera le queda saliva para pegarse a nada ni a nadie.

Nunca he vuelto a escupir: me he limitado a tragar y tragar.

Cuando me picaron el billete de tren, sonó con la furia de un portazo a mis espaldas. Era a mí a quien se cancelaba, no el billete.

Hay una cepa de Isquia, *pér 'e palummo*, «pie de palomo», que da un tinto oscuro y más bien parece extraído de un alquitrán de vino que del prensado de las uvas. Lejos de soltar la lengua, hace que ésta se cierre en la boca

como un puño. Es un vino que amortigua las voces y confiere profundidad a los ojos. En la ventanilla del tren, mi embriaguez era de esas.

Roma es una buena base de operaciones. Subí hasta el final de una larga escalera y en la cuarta planta llamé a una puerta: habitaciones amuebladas. Un viejo que exhalaba tabaco y vino me asignó uno de los tres catres de la habitación. Un armario compartido completaba el mobiliario. Aquel cuarto estaba cerca de la universidad en la que pronto aprendería a correr, a respirar gases lacrimógenos, a desempedrar el adoquinado, a conservar la calma en medio del tumulto.

En los parques, el otoño del sesenta y ocho era pródigo en paz, en tibiezas, en muchas de paseo.

En las plazas, el otoño estaba teñido del gris de las unidades antidisturbios. Yo venía de una ciudad que me había enseñado la densidad de las multitudes, la destreza para deslizarme en medio de ellas a fuerza de regateos y de saltos. Me adaptaba fácilmente a otra que incitaba a correr, a cargar, a huir hacia un

espacio vacío. Se abría de par en par la nada, el abismo entre las tropas irregulares y las oficiales.

Aquel otoño tuvimos suerte: el viento soplab a nuestras espaldas y devolvía el humo a los ojos de las tropas.

Nápoles se desvaneció detrás de aquella cortina de lágrimas químicas. Ya no era de allí, ni de ningún lugar, ni de ningún antes. Pertenecía a una revuelta que raspaba el pasado de cada uno de nosotros y fundaba el día uno de una ciudad nueva.

Estoy pensando en el gas, en las humaredas tras las que vi desvanecerse la ciudad. Cada generación del siglo pasado tuvo su propio gas. Nuestros abuelos de Europa se ahogaron con iperita, gas mostaza para quien lo probó, un sulfuro que mataba dejando vejigas en el cuerpo. Nuestros padres asistieron al empleo del Zyklon B en los campos de exterminio, pero nadie volvió para hablarnos de su olor. Nuestros emigrantes aprendieron en las minas de carbón lo que era el grisú, un gas metano capaz de explotar.